

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Pensamientos de Juan de Dios Vial Correa¹ en torno a los problemas éticos en ciencias e investigación²: Ética en la formación médica

¹Dr. Juan de Dios Vial Correa

Profesor Titular Facultad de Medicina y de ciencias Biológicas

Pontificia Universidad Católica de Chile

Presidente de la Pontificia Academia para la Vida

²Textos de Discursos pronunciados en la

Pontificia Universidad Católica de Chile

1. No quiero aquí ocuparme de la ética como una teoría de la acción, sino de la ética como manera de valorar las acciones humanas. Quiero intentar un desarrollo que toque directamente a la Ética Médica.

La preocupación por la ética ¿corresponde a la fuerza de una moda o a la de la realidad? Yo creo que corresponde a una necesidad, provocada por el cambio radical en la forma de la existencia humana que acompaña a este fin de siglo.

2. ¿Qué cosa caracteriza a las intervenciones médicas modernas? Su gran eficacia y poder.

La entrada de innumerables técnicas de diagnóstico, de tratamiento, de organización, con la tendencia a racionalizar todo el proceso, incluyendo eventualmente los costos y la sobrevida. El imperio del método tecnocientífico es la fuente de los éxitos, de los fracasos y de las perplejidades de la medicina contemporánea.

Pero ¿en qué se diferencia una acción tecnocientífica cualquiera de una en el campo de la biomedicina?

1. En este último caso la acción se ejerce siempre sobre un sistema. En general, es imposible recurrir a la ficción (que es, p. ej., habitual en los estudios de física) de que se estaría jugando con un número muy pequeño de factores que pueden tratarse como si fueran independientes entre sí.

2. Siempre es un sistema autorregulado. Por eso es que los efectos son difíciles de predecir. Un sistema autorregulado, amplifica la respuesta, la amortigua o la ramifica en efectos colaterales, a veces más importantes que el central.

Cuando se dice que se está seguro de los resultados, es que se está recurriendo a alguna maniobra que ha sido muy ensayada. Un medicamento, p. ej., es sometido a infinidad de pruebas antes de ponerse en uso. Pero nadie puede prever los efectos de una si ella no ha sido ensayada previamente, porque los efectos colaterales son imprevisibles: piénsese, p. ej. en los efectos carcinogénicos o sobre el desarrollo corporal que han tenido tantas drogas, cuando nadie se lo esperaba.

Los efectos inesperados llegan hasta a hacer historia: los anticonceptivos hormonales han sido decisivos en la crisis demográfica en Europa y en la invasión subsiguiente de mano de obra musulmana; los antibióticos han cambiado la distribución etaria de la población, y tienen que ver hasta con la presión actual por la eutanasia.

La acción sobre sistemas complejos autorregulados, que requiere de muchas pruebas, enfrenta ahora decisiones sobre consecuencias que no admiten ensayos: Chernobyl, Hiroshima, ingeniería genética. La frontera genética.

Enfrentamos, no el seudofuturo de un experimento, sino un futuro verdadero.

Esta circunstancia es un llamado a una extrema prudencia y un recuerdo de nuestra responsabilidad.

Pero, responsabilidad ¿ante quién? Si los efectos de nuestra acción se sitúan muy lejos ¿quién nos la va a cobrar? La víctima no existe hoy día y el victimario (o sea nosotros) no existirá mañana.

Hay un caso extremo que se puede usar para ilustrar el asunto, y es el de una posible destrucción futura de toda la humanidad.

Yo creo que todos sentimos que eso sería perverso, aun cuando no fuera cobrable.

Sentimos que es nuestra responsabilidad evitar que eso acontezca. Creo que es porque pensamos que la existencia de la humanidad es un bien, un bien en sí, como pensamos que el medio ambiente es un bien en sí, y que tenemos que defenderlo aunque no vayamos a estar allí para gozarlo ni para sufrirlo Y eso significa que espontáneamente nos inclinamos a pensar que hay cosas que son realmente buenas; que existe entonces un orden ético real.

La tecnología le pone entonces urgencia a la pregunta por la ética.

Pregunto ahora: ¿Qué significa la tecnología para el hombre? Y contesto, para empezar, que ella no es tanto un instrumento como una forma de vida.

Se suele oír decir que la técnica es un instrumento, que en sí es neutro, y que para calificarlo éticamente hay que ver si se lo usa para bien o para mal. Creo que esa manera de ver, aun teniendo verdad, se queda corta. Me gustaría arrojar una mirada sobre este mundo de la tecnología para mostrar hasta qué punto nos penetra y condiciona.

Comparemos a un hombre de hoy con alguno de tres siglos atrás. Este se hallaba puesto en un mundo en contacto continuo con la naturaleza, y se entendía con ella por medio de algunos instrumentos que eran como extensiones de sus propias capacidades y eran aplicados subordinándolos a algún fin determinado.

Miremos a un hombre de hoy día. Miremos un poco su jornada real. Cualquier profesional, un

médico, p. ej. Lo despierta la radio, enciende la luz, echa a correr el agua (por supuesto potable) de la ducha, se lava los dientes con productos industriales, le da el gas a la cocina, saca la leche del refrigerador; baja a la calle en ascensor, toma el Metro (o su automóvil) y sube por la escala mecánica y luego por ascensor a su oficina; tal vez consulte su correo electrónico, se instala a trabajar con teléfono, fax y todo lo demás.

Todavía no ha empezado el trabajo de verdad en el cual va a recurrir a instrumentos –a cosas que él identifica como instrumentos– como pueden serlo los de un cirujano. Pero mucho antes de empezar a usar lo que él llamaría sus instrumentos se ha movido de modo ininterrumpido por una espesa selva de complicadas instalaciones tecnológicas: una que falle, la electricidad, el transporte o las comunicaciones, y el señor se encuentra en un aprieto que compromete varias o muchas de sus actividades, y tanto el interesado como nosotros tomamos conciencia de que se ha estado moviendo en un mundo ‘fabricado’, en una especie de ‘naturaleza fabricada’. Todo este tiempo en que lo hemos seguido, sus acciones las ha desarrollado gracias a un acostumbramiento previo, en un medio que le ha llegado a ser tan ‘natural’ como lo era la ‘naturaleza’ para su antepasado, o el bosque o la pradera para un animal. Esta profusión de maravillas tecnológicas no es un instrumento para él, sino una forma de vida.

Puede por cierto renegar de ella y aislarse como lo hacía un anacoreta en el desierto en el siglo IV. Pero eso va a ser excepcional.

Sin quererlo, sentirlo, ni saberlo, él (que es cualquiera de nosotros) está colocado, ‘arrojado’ en este laberinto técnico, el cual cambia, se modifica y lo modifica a él, sin preguntarle nada, poniéndole nuevos medios para satisfacer nuevas necesidades que la misma técnica ha suscitado, que la tecnología social de la propaganda ha acicateado y que la tecnología de la producción le pone a su alcance. ¡Cuáles serían las protestas de médico y paciente si el anestésico, el analgésico, el antibiótico de que se dispone no fueran los adecuados! Incluso la muerte, como no sea la muerte en la más extrema ancianidad, tiene un dejo de fracaso cuando antes era cosa del destino. Nos proponemos fechas para la evolución feliz o fatal hasta de las más graves dolencias. Y al vencer a tantas enfermedades, la medicina ha llegado hasta a alterar el rol de la selección natural en el camino de la especie humana.

No hace tanto tiempo que el ambiente que habitábamos era un ambiente natural, y que nuestras reacciones y los problemas cotidianos que enfrentábamos eran los que se habían fijado por milenios, y a los cuales la especie se había ido adaptando.

Pero al ambiente de ahora no hay historia biológica ni cultural que nos haya preparado.

En cierta forma nos pasa a todos que ‘ya no estamos en casa’.

Están de baja las utopías, ideas de conjunto sobre la organización de la sociedad; están de baja las predicciones a largo plazo de la evolución social que eran propias de las ideologías.

El camino de la tecnología es otro: ella trabaja aplicando mecanismos simples a los fines más variados. El éxito obtenido en tantas ocasiones induce a la humanidad a pensar que lo fundamental en esta nueva naturaleza que la confronta es el mecanismo, y mientras más simple

sea el mecanismo, más flexibilidad tiene y más posibilidades ofrece. La humanidad de hoy privilegia el descubrimiento y aplicación de mecanismos sencillos como reemplazo de las grandes ideas; jugar combinando chips, más bien que confiándose en planes maestros. Estas formas de simplificación se advierten en todas las esferas: la economía descansa sobre mercados que funcionan con el mecanismo sencillo de maximizar beneficios; la política con el mecanismo igualmente simplificado de hacer recuentos de votos. Instrumento y símbolo de esta disposición es el rol del dinero, que se transforma en una manera de medir y comparar las diferencias aunque ellas sean cualitativas. Cada día conmueve a menos personas la obvia afirmación de que el máximo de beneficio de la aspiración de hoy día no es lo que garantiza la felicidad, ni de que una mayoría de votos no tiene necesariamente nada que ver con el acierto en la decisión, ni de que el hecho de que dos cosas valgan el mismo dinero no las hace comparables.

Pero si se privilegian los mecanismos, uno entra a habitar en el mundo de los instrumentos: Primero, el ambiente que nos rodea son instrumentos, cada uno de los cuales sirve para algo, para algún producto. Instrumentos y productos, que son a su vez nuevamente instrumentos para productos. No es lo mismo que pasaba con el ambiente natural: las cosas podían ser usadas para algo, pero el sentido de un árbol no era la leña, por mucho que ella fuera uno de los posibles destinos del árbol. Había petróleo por supuesto, pero no tenía el sentido unívoco de elemento industrial que tiene hoy día. Entonces, ahora, a fuerza de estar rodeados de instrumentos, tendemos a creer que todo es instrumento, incluso las cosas más naturales del ambiente. El bosque es para hacer astillas, el sexo es para el placer, el campo para producir; incluso el hombre para ser moldeado por la propaganda y condicionado a consumir lo que él mismo produce, a llenar necesidades que él mismo se inventa.

Segundo, un mundo en el que todo es 'para' algo, todo es instrumento, es un mundo en el que ninguna cosa tiene en sí consistencia. Todas son para lograr otras y así en forma indefinida. En la medida en que un objeto es alcanzado, él plantea necesidades nuevas de las que se sabe que la técnica vendrá a superarlas: hay como una infinidad de circuitos de feed-back positivos que transforman nuestro mundo y le imprimen un carácter de impermanente e imprevisible.

Tercero, el desarrollo del ambiente tecnológico se hace autónomo respecto de cada hombre, e incluso respecto de la humanidad. Es por eso, que más que de un instrumento, se debe hablar de un ambiente en el que uno está inmerso y con el cual interactúa. Un ejemplo muy sugerente es Internet. Un sistema de comunicación que empezó siendo una red circunscrita, de propiedad del Pentágono, que pasó luego a universidades y a la NSF, y que de repente adquirió un desarrollo tan explosivo que en realidad no es de nadie, en el sentido en el que antes decíamos que algo es tuyo o mío.

Cuarto, el desarrollo científico-tecnológico es siempre ambiguo. Baste recordar la historia trágica de la dinamita; las dos caras del auge del petróleo; la energía nuclear; el perfeccionamiento médico y el encarnizamiento terapéutico.

Pero estas características tienen una influencia decisiva sobre el modo de pensar.

Cualquier cosa de nuestra experiencia es abordable científicamente; y entonces se piensa de modo espontáneo que la única forma de conocer es la científico-técnica. La tecnociencia tiene

espontáneamente una tendencia notablemente invasora: relega y minusvalora todas las otras formas de conocimiento: si hay algo que no sea científicamente conocido y técnicamente abordable, ya pronto lo será.

Nos da la impresión de que la cisión tecnocientífica da cuenta de todo. Pero allí hay un engaño sutil. Si escojo acercarme a los objetos como si fueran mensurables, aptos para ser utilizados, lo único que voy a encontrar en ellos va a ser aquello que tienen, que es utilizable. Si después me digo que no hay otra cosa, la verdad es que me estoy engañando: hice la selección a la partida y luego escogí un método que no podía llevarme sino a donde me llevó.

No quiero sugerir que esto sea un cuadro completo del mundo espiritual de hoy; pero no hay duda que tiende a extenderse una concepción puramente instrumental de la vida humana y de la naturaleza en general.

Frente a ella se levantan reacciones de rechazo, a veces fragmentarias e incoherentes, pero muy abruptas. Todos percibimos la existencia de esas formas de posición voluntarista o sentimental que caracterizan al rechazo del imperio de la tecnociencia.

Hay sin embargo formas de conceptualización muy interesantes que también expresan el rechazo a una visión puramente instrumental. Son las visiones holísticas de la realidad. Vivimos, p. ej., una época de profunda preocupación por el medio ambiente al cual se concibe a veces como un gran todo, el que incorpora también al hombre. Una visión unitaria de algo que no es instrumentalizable por definición. Recuerden la hipótesis de Gaia: una visión científica muy contemporánea de la Tierra como un gran organismo. (Lovelock).

Hay como una profunda y difundida intuición de que por útil y valiosa que sea la visión tecnocientífica, aquello que es realmente ‘único’ irremplazable, se le escapa por completo.

Pero no tenemos experiencia de nada que sea más verdaderamente único que el hombre o la mujer que es cada uno de nosotros. Y lo mismo que experimentamos acerca de nosotros tenemos que reconocerlo a los demás. Nos damos cuenta de que el hombre en su principal medida, en lo que le es más propio y único, se escapa de la aproximación de la tecnociencia, que se dirige siempre al caso general, mientras que el hombre tiene como primer dato, irreductible, irrenunciable, este de ser ‘este hombre o esta mujer’, ser único, universo en compendio.

Es claro que yo puedo medir, experimentar, reproducir, sistematizar muchas cosas sobre el ‘ser humano’, y que puedo reflexionar filosóficamente, contemplativamente sobre el ‘ser humano’: todo eso me conduce a afinar sobre la ‘naturaleza humana’ que llamaban los filósofos, o sea sobre aquello que todos los hombres tienen de común, lo que ‘comparten’. Quod intellectu capi possit.

Pero no debo olvidar que cuando hablo del hombre, estoy antes que nada hablando de uno cuya más propia característica es la de ser único, como yo. De tal modo que hay algo fundamental que digo de él –de cada uno– no del grupo, que lo digo también de mí. No conozco a un hombre, a este hombre si no le reconozco esta condición mía de ser único en su individual mismidad.

Este reconocimiento es condición necesaria para el conocimiento de los otros como otros, y el reconocimiento recíproco es la base necesaria para la sociedad humana, para todo intercambio humano, para la tecnociencia misma. Y no hay ente alguno terrestre con el cual yo pueda tener esta relación recíproca de reconocimiento: yo a él y él a mí. Y esto es lo que distingue fenomenológicamente el abordaje a ‘lo único en el hombre’ de cualquier ente global, de cualquier visión holística. Solo el hombre me habla, a él solo le hablo.

Reconocer al hombre en una calidad especial, significa reconocerle un sitio cualitativamente diferente de todos los otros seres que conozco: y eso es lo que llamamos decir que tiene dignidad. Al reconocer su dignidad, reconozco la mía. Como dice Ratzinger, el otro es ‘el guardián de mi dignidad.’ En ese momento, el ser humano, el ‘animal racional’, se me revela bajo un aspecto distinto, que es lo que llamamos ‘persona humana’, sujeto de responsabilidades éticas y objeto de responsabilidades éticas hacia mí.

Soy responsable de que los otros sean. No puedo ocultarme eso: soy la guarda de mi hermano.

Al hablar del reconocimiento, de la responsabilidad, parece que nos hubiéramos salido del dominio de la tecnociencia, y hay siempre una tentación de calificar esto como una caída en lo irracional. Lo irracional es por el contrario creer que un producto de la existencia humana como es el conocimiento científico va a ser más vasto, va a abarcar más que la existencia que le dio origen. ‘Hic homo intellegit’.

Desde muy antiguo se ha observado que hasta el conocimiento tiene como fuerza impulsora al deseo: ‘Todos los hombres desean por naturaleza saber’, dice el propio Aristóteles al introducir los libros de la Metafísica. Y el deseo introduce en la consideración del mundo, como factor esencial, uno que es distinto de todas las formas de conocimiento: introduce o supone la valoración de las cosas. Supone el valor positivo, el bien de lo que se apetece, de lo que se desea.

Un hombre que conociera o actuara sin apetecer sería un hombre al que le faltaría una dimensión porque no podría valorar: en último término, no podría decir de lo bueno que es bueno y de lo malo que es malo. Esa dimensión no se la da el conocimiento abstracto ni el aprovechamiento de determinados medios para determinados fines, sino el reconocimiento de la atracción (o de la repulsión) que sobre él ejercen las cosas que enfrenta. Tiene en su inicio el valor de una experiencia.

Allí está la raíz de lo ético que en la palabra de Paul Ricoeur es el deseo de la vida buena con los otros y por los otros dentro de instituciones justas.

El deseo de la vida buena con los otros y por los otros dentro de instituciones justas.

Con los otros y por los otros. Eso es la relación interpersonal que es fácil de entender.

Instituciones justas se refiere a ese tipo de relación hoy omnipresente, en el que yo actúo sobre otros a los que no conozco ni veo, de quienes nada sé sino que son hombres como yo. Son las acciones sociales de las cuales la medicina es un ejemplo.

Instituciones justas, una medicina justa son las que procura y realiza la virtud de la justicia: dar a cada cual lo suyo, lo que le corresponde.

Y entonces al fin, atendiendo a nuestro tema: la ética médica se refiere a lo interpersonal y también a lo social, justamente porque la ética está arraigada en una disposición fundamental del hombre que es la de desear lo bueno, y en una evidencia inescapable que es la de la vida con los otros, y la responsabilidad por ellos.

Lo que resulta evidente es que la enseñanza o más bien el aprendizaje de la ética comprende mucho más que lo que habitualmente nos figuramos: más y distinto. La ética se ha transformado en muchos sitios en una especie de guía para la convivencia, que deja en la penumbra cualquier forma de fundamento más firme y que se entretiene más bien en buscar consensos.

Pero hay allí una injusticia. Los hombres tienen derecho a saber de mi pensamiento madurado. Negárselos equivale a negarle a cada cual lo suyo.

El mundo no es propicio a que se le impongan ideas; pero no puede dejar de necesitar que se le propongan. Y en ese sentido, una propuesta ética definida, que parta de la base de la dignidad de la persona humana, es una necesidad biológica de la sociedad.

Uno puede retraerse de entrar en ella por varias razones. Primero, porque está a la vista que cualquiera acción humana tiene consecuencias muy disímiles: el mejor de los actos lleva un lastre de error o fracaso posible. En un mundo tecnológico son cada vez más escasas las oportunidades en las que uno puede decir con buena conciencia que lo que hace es realmente indiferente.

Así se toca a un aspecto muy central en la vida del hombre. Nuestras acciones son siempre imperfectas, el fracaso nos acecha en cada vuelta del camino, las consecuencias imprevisibles de nuestros actos nos acompañan y acompañan a toda la humanidad. Lo que no podemos sacrificar ni olvidar es nuestra responsabilidad, nuestra condición de personas, donde a pesar de nuestra aparente fragilidad comparece el punto fuerte de anclaje.

Esa innegable condición límite de nuestra contingencia es también la raíz más segura de nuestra esperanza, a la que me referiré en un momento.

Entonces, ¿qué debe procurar la enseñanza de la ética médica? Por ahora diré solo que la puerta de entrada a la ética, y por lo tanto a la ética médica es la reflexión sobre la condición humana. No haremos mejor ética médica porque agotemos listados de problemas emergentes por importantes que ellos sean. El deseo que mueve a la ética es el de la vida buena, el fin de la medicina, desde Platón está en el bien, en último término en la consideración, estudio, contemplación de lo que es verdaderamente apetecible para el hombre, y eso no se puede hacer sin una comprensión más cabal de lo que es el hombre.

La bioética pone a la medicina en la encrucijada, allí donde se intersectan todos los caminos, de las ciencias naturales, de la antropología, de la teología, de las ciencias sociales.

El nuevo florecer de la ética lo pone a uno en medio de un gran desafío que afrontan los hombres desde todos lados: el de dar cuenta de sí mismos, el que transpuesto a lenguaje cristiano significa dar razón de nuestra esperanza.

Una pregunta muy importante para nosotros es qué cosa le puede agregar a la bioética el ser enseñada en una Facultad de Medicina de una Universidad Católica.

Un dato fundamental de la fe sobre el hombre es que somos creaturas. Nuestra existencia nos es dada. No es ni un azar, ni una imposición, ni un destino. Es un don. Porque ella nos es dada, nuestra existencia tiene siempre algo de misterio para nosotros: Ella no nos es radicalmente comprensible en el discurso ni tampoco nos es lícito modificarla a nuestro arbitrio por el juego de la técnica.

Ser creatura significa básicamente tener un sentido que nos es dado. Y en la fe cristiana, el sentido de nuestro ser hombres, el misterio de nuestra humanidad se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado.

Sabemos que aprendemos de Jesucristo, que somos sus discípulos. Pero el discipulado es otra cosa que un saber intelectual, es una participación gratuita de su existencia. Saber esto que sabemos es una gracia que nos es dada para iluminar las vidas de otros; porque la luz verdadera ilumina a todo hombre, y por lo mismo todas las inteligencias están llamadas en principio a tomar conciencia de la gracia que las habita.

La noción de creatura nos da la verdadera medida de nuestra irremediable e innegable fragilidad. Estamos al mismo tiempo entregados a la decadencia y a la muerte y abiertos a la resurrección gloriosa. Ese es el tesoro que llevamos en nuestros vasos de barro.

Nuestra muerte es la semilla de nuestra resurrección. Nuestra glorificación junto a Dios no es la de cualquier cosa sino precisamente la de este cuerpo mortal. Nuestras perplejidades, nuestras dudas y sufrimientos no son signos de un destino ciego, sino como el anticipo de la forma de nuestra propia resurrección.